

# EL CARISMA DE ENSEÑANZA

## Introducción

Hay otros carismas que llaman más la atención, que mirados desde fuera pueden parecer más espectaculares. Es más, todos sabemos que con frecuencia estos otros carismas pueden servir, bien para acercarnos a la Renovación o bien incluso para salir huyendo de ella. Me refiero sobre todo a la intercesión, a la sanación, al hablar en lenguas, a la profecía... Pero hay carismas que, sin ser tan llamativos, son completamente necesarios. Uno de ellos es, sin duda, el carisma de la enseñanza.

No nos engañemos. Nos hace falta formación. A todos. Hay mucha gente de buena voluntad, piadosa, que ha estado siempre cercana a las cosas de Dios, pero que más allá de lo que han aprendido en la catequesis de preparación a la Primera Comunión y en el colegio, no han dado ningún paso más. Tal vez algún libro de espiritualidad, pero poca cosa más. Necesitan formación. Con frecuencia el conocimiento que tienen de Cristo, de la Iglesia, de los sacramentos, es el que aprendieron en su infancia. Son personas que no han leído y menos asimilado, por ejemplo, los documentos del Concilio Vaticano II y del Magisterio posterior de los papas. Necesitan formación.

También nos podemos encontrar con personas que en su momento se pusieron al día en muchos temas relativos a la vida de fe, a la Iglesia y a su misión en el mundo, pero se han quedado estancadas y no se han dado cuenta de que a través del estudio de la Sagrada Escritura y la Teología se sigue profundizando continuamente en la verdad revelada. Necesitan formación.

Y hay también personas que han estado durante mucho tiempo alejadas de las cosas del Señor; que en un momento determinado han tenido una experiencia fuerte de Dios, que han sentido cómo el Señor estaba actuando en sus vidas, que han descubierto el sentido de la oración... Entre nosotros seguramente hay hermanos que han cambiado de vida en alguna asamblea, en algún retiro, y que están felices viviendo su fe en la Renovación. Pero es muy probable que no se sientan preparados para comprender muchas cosas del Evangelio, del Credo,

de la Iglesia... Necesitan formación.

La formación no es sólo leer libros que nos puedan ayudar en los ratos personales de oración, es también estar a la escucha, profundizar en los misterios de nuestra fe, tratar de conocer más y mejor lo que sentimos y lo que amamos. Cuanto más se ama más se quiere conocer aquello que se ama. El carisma de la enseñanza viene dado precisamente como respuesta de un Dios que ve nuestra necesidad y quiere venir en nuestra ayuda. Por eso elige a personas para que, en su nombre, enseñen todo lo que Él ha querido revelarnos. Aunque también es cierto que este mismo carisma puede, con la ayuda del Espíritu Santo, suscitar esa misma fe que debe ser posteriormente profundizada

## ¿Qué es el carisma de la enseñanza?

Es el carisma de quien se siente llamado por el Señor a evangelizar. Hay un texto del Evangelio que lo expresa con claridad: *Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo (Mt 28, 19-20)*. Está claro: Jesús envía y da el mandato de enseñar. Y de enseñar no sólo algunas cosas, sino todo lo que Él nos ha dicho.

Jesús, lleno del Espíritu Santo, ha sido el primero que ha vivido en profundidad este carisma. Es verdad que Él ha realizado milagros, ha sanado los cuerpos y el corazón de mucha gente. Pero Él, sobre todo, ha venido para enseñarnos qué es el Reino de Dios y cómo podemos entrar en él. Jesús, lleno de la fuerza del Espíritu, regresó a Galilea, y su fama se extendió por toda la comarca.

Enseñaba en las sinagogas y todo el mundo hablaba bien de Él (Lc 4, 14-15). Es su manera de hablar, su forma de contarnos las cosas de Dios lo que más atraía de su persona. Dice también el Evangelio: *Cuando Jesús terminó este discurso, la gente se quedó admirada de su enseñanza, porque les*

*enseñaba con autoridad, y no como los maestros de la ley* (Mt 7,28-29). Gracias a las enseñanzas de Cristo sabemos cómo es el amor del Padre, cómo debemos orar, quién es el Espíritu Santo. Y gracias a sus enseñanzas sabemos cómo debemos querernos y perdonarnos entre nosotros, y cómo la cruz no es un obstáculo para entrar en el Reino de Dios, y cómo debemos hacernos como niños para comprender todas estas cosas.

El carisma de la enseñanza es de una importancia enorme para el mundo actual y para la Iglesia. Gran parte de nuestra sociedad occidental está hoy en día “como ovejas sin pastor”; ha perdido el norte, carece de esperanza, se angustia ante el sufrimiento, duda de la posibilidad de la trascendencia...

La evangelización es una tarea urgente, no sólo para acercar a Cristo a los que no lo conocen, sino también a esa masa descristianizada que tenemos a nuestro alrededor y que tantas veces está influyendo en cada uno de nosotros. El Papa Juan Pablo II hablaba de la necesidad de una “nueva evangelización”, de un nuevo ardor para anunciar la Buena Noticia de la salvación. Y el Papa Pablo VI, en su exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* decía que “la Iglesia existe para evangelizar”. Por tanto, la evangelización es la misión específica de la Iglesia. Que es como decir que si la Iglesia no evangeliza está traicionando el mandamiento del Señor. Y, aunque es cierto que la evangelización es más amplia, la enseñanza es una parte imprescindible de la misma.

Ahora bien, ¿cómo van a invocar a aquel en quien no creen? ¿Y cómo van a creer en Él ¿si no les ha sido anunciado? ¿Y cómo va a ser anunciado, si nadie es enviado? Por eso dice la Escritura: ¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian buenas noticias! (Rm 10, 14-15). Por eso, San Pablo llegó a decir: Porque anunciar el evangelio no es para mí un motivo de gloria; es una obligación que tengo, y ¡pobre de mí si no anunciara el evangelio! (1 Co 9, 16).

Todos tenemos la misión de evangelizar con nuestro estilo de vida, con nuestras actitudes, con nuestra palabra... pero el carisma de la enseñanza deberían pedirlo al Señor los catequistas, los profesores de religión, los maestros, los padres de familia, los sacerdotes. Dice monseñor Uribe Jaramillo en su libro *Carismas y oración*: “El carisma de enseñar se manifiesta por la capacidad que recibe del Espíritu Santo una persona para captar el mensaje del Señor con claridad y autenticidad, y para poderlo comunicar a los demás, de manera tal que puedan

percibirlo”. Es decir, el Señor, con la fuerza del Espíritu Santo, hace posible que quien posee este carisma comprenda con claridad el mensaje y que lo sepa después transmitir.

## ¿Cómo debe ser la enseñanza?

Son varios los aspectos que deben ser considerados a la hora de dar una enseñanza:

Lo primero que habría que decir es que la enseñanza debe estar **preparada y orada**. Quien ha recibido este don de parte del Señor, debe orar aquello que debe anunciar, llevar al silencio y a la adoración aquello que debe predicar. No se puede olvidar que se habla en nombre del Señor y que, por tanto, debe transmitir lo que Él le dice a través del diálogo sereno y amoroso. Pero juntamente con esta sabiduría que se adquiere en la vida de oración, hace falta también saber lo que la Iglesia, a través del Magisterio, está manifestando. Por eso hay que preparar la enseñanza, leer, profundizar en el tema que se quiere comunicar. Preparación que igualmente conlleva el modo de organizar la enseñanza, los apartados de la misma, para que, de una forma ordenada, el mensaje pueda llegar al corazón de los que están a la escucha. Quien da una enseñanza sabe y experimenta que el mismo Espíritu que le ha capacitado para ejercer este carisma, está también predisponiendo el oído y el alma de quienes están recibiendo la enseñanza.

A la hora de llevar adelante la predicación, tras invocar al Espíritu Santo para que sea **Él** quien ponga las palabras que Dios quiere transmitir en boca del predicador, no habría nunca que olvidar que hay que partir de **la realidad** que se tiene delante: las personas con sus sufrimientos y sus dudas, el mundo que nos rodea, los condicionamientos sociales y culturales, la historia que la gente está viviendo.

Jesús siempre tenía en cuenta todas estas cosas, y por eso hablaba de la semilla que se echa en el campo, de la levadura en la masa del pan, de la mujer que se le pierde una moneda en su casa, del hijo que se marcha del hogar, de la vid y de los sarmientos, del edificio que hay que construir sobre la roca... y nunca se olvida de que, quienes le están escuchando, son personas que caen en el pecado, que están enfermas, que se sienten marginadas... Es importante, pues, saber qué está viviendo la gente que escucha la enseñanza, porque el mensaje sólo

será buena noticia cuando se encarne en su realidad concreta.

Después, habrá siempre que iluminar esa vida, esa realidad desde la Palabra de Dios. Recordemos lo que dice el salmo: *Lámpara es tu Palabra para mis pasos, luz en mi sendero* (Sal 119, 105). Es la Palabra de Dios la que debe iluminar la vida, la que nos marca el camino a seguir, la que puede desenmascarar la mentira, la que nos puede llenar de confianza, la que puede dar respuesta a tanta soledad, a tanto vacío, a tanta búsqueda. Es el mismo salmo el que mejor expresa esta realidad: *Estoy hundido en la miseria, Señor, dame vida según tu Palabra* (v 107). Por eso, no debe haber nunca ninguna enseñanza que no esté iluminada desde la Palabra de Dios. El estudio de la Teología, los documentos del Magisterio de la Iglesia, todo debe ser iluminado por esa Palabra que Dios nos da para ser encarnada en todo lo humano

Por último, la enseñanza debe ser siempre clara, con palabras que las personas que escuchan puedan comprender, haciendo el mensaje atrayente. Jesús sabía adaptarse a la gente, hablaba en parábolas para que todos pudiesen entender, y explicaba después con tranquilidad el sentido de las parábolas a los que estaban más cercanos a Él... Lo importante no es decir muchas cosas, sino comunicar las ideas fundamentales. La predicación no es dar una clase, sino hablar desde el amor recibido de Dios para llegar al corazón de las personas. Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis (Mt 10, 8b).

## El carisma de la enseñanza en la renovación

Todos hemos recibido, de una forma o de otra, algunas enseñanzas: las catequesis, las homilias de las Misas dominicales, la lectura espiritual, la educación cristiana recibida en el colegio y en la familia... Pero todos sabemos que, a veces, esas enseñanzas son insuficientes, ya que de hecho conocemos poco al Señor, no siempre entendemos los pasajes de la Sagrada Escritura, ignoramos en muchas ocasiones cosas fundamentales de la fe, de la Iglesia...

La Renovación Carismática nos debe llevar a renovar la vida abriéndonos a los dones del Espíritu. Por eso es tan importante la oración, la alabanza, el poner los ojos en el Señor. Aun así no debemos olvidar nunca la importancia de la enseñanza. Los Hechos de los Apóstoles nos hablan de cómo la comunidad

cristiana debe estar abierta y en continua renovación a través de las enseñanzas de aquéllos que han recibido esa misión: *Todos ellos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones* (Hch 2,42). Enseñanza, fraternidad, Eucaristía y oración, cuatro aspectos esenciales para que la Iglesia sea fiel y para que nuestros grupos estén por el camino de Dios. Sin amor mutuo y sin fraternidad seríamos como la campana que suena, sin la Eucaristía no beberíamos de la fuente de la vida y del amor, sin oración no podríamos estar en la onda de las cosas de Dios, y sin enseñanza no podríamos dar razón de nuestra fe

Una de las preocupaciones de los que han sido llamados a servir a los hermanos dentro de la Renovación es la necesidad de formación para los grupos. De ahí que desde la caridad y el servicio se organicen retiros, seminarios, asambleas y encuentros diocesanos, regionales y nacionales. Y se llama de cualquier parte del mundo, si es preciso, a personas que están adornadas con este carisma de la predicación y la enseñanza para que el Evangelio y la Doctrina de la Iglesia calen lo más posible en la vida de cada uno. Todo parece poco con tal de conocer más y mejor al Señor. Y por eso también, cada semana, en nuestros pequeños grupos, algún hermano o hermana se prepara alguna enseñanza con el fin de ir profundizando juntos en las verdades de nuestra fe.

No todas las personas han recibido el carisma de la enseñanza, pero sí todos tenemos la necesidad de recibir una palabra que explique, ilumine y aliente nuestra vida cristiana y nuestra misión en medio del mundo. Pero aquéllos que han recibido este don saben que todo viene de Dios, que no son las propias fuerzas, ni la propia inteligencia, ni siquiera la propia virtud, lo que hace posible la transmisión del contenido de la fe. En definitiva, hacen suyas las palabras de san Pablo: *Porque no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor, y no somos más que servidores vuestros por amor a Jesús. Pues el Dios que ha dicho: Brille la luz de entre las tinieblas, es el que ha encendido esa luz en nuestros corazones, para hacer brillar el conocimiento de la gloria de Dios, que está reflejada en el rostro de Cristo* (2 Co 4, 5-6).

## BIBLIOGRAFÍA

Pepe Márquez, cmf | Nuevo Pentecostés, año 22, nº 130, sep oct 2010